ISSN 1409-214X. Ambientico 243, Artículo 3 |Pp. 17-24|

Vía para hacer sostenibles los huertos escolares y familiares en Costa Rica e importancia del huerto tradicional tropical

Romano González

Nutricionista y antropólogo. Encargado del Plan Nacional de Salud de los Pueblos Indígenas del Ministerio de Salud. Excoordinador del Programa de Huertas en el Programa Cen-Cinai de tal Ministerio.

Nadie duda de que la existencia de una huerta escolar o familiar mejora las condiciones de salud, de nutrición y hasta mentales de quien esté a su cargo. Sin embargo, no parece que los esfuerzos para promover la producción de alimentos en huertos en centros escolares y comunidades, que por décadas han hecho funcionarios e instituciones costarricenses, hayan rendido los frutos esperados. Los ministerios de Agricultura, de Educación Pública y de Salud, entre otras instituciones, han destinado recursos a la compra de insumos, a impartir capacitaciones y a pagar salarios con el fin de contar con huertas que apoyen el aprendizaje en ciencias biológicas, que aporten alimentos al comedor de la institución correspondiente, que provean productos para la venta y den pie para la reproducción de la experiencia a nivel familiar.

Si estos programas hubieran dado resultado, el país entero estaría cubierto de huertos. Por el contrario, lo que se encuentra es huertas abandonadas: montículos de lo que fueron eras, contenedores rotos y amontonados de lo que fueron "camas" para hidroponía, además de chancheras sin

Volver al índice

chanchos, gallineros sin gallinas, etc.

Este artículo es una crítica a las personas e instituciones que ayer y hoy hemos estado a cargo de programas de producción de alimentos, pero antes que eso es una propuesta para que los esfuerzos realizados cumplan su cometido: huertas variadas y continuas suministrando alimentos para mejorar la nutrición y aumentar ingresos económicos.

A. Baltodano. Huerto escolar abandonado, San José.

La huerta, como programa o parte de algún programa, debe entenderse y destacarse como una estrategia más de alimentación complementaria. Estrategias de este tipo no son solo la de fortificación de alimentos, la de suplementación (suministro a la persona del mineral o vitamina deficientes en su dieta) y la de complementación (entrega de alimentos como tales), que son más bien parte de un enfoque reduccionista en la nutrición pública (Álvarez, 2007).

Se ha demostrado que cuando los pueblos abandonan sus hábitos alimentarios y acogen las dietas de la cultura "moderna" (occidental), que se caracteriza por sus excesos de grasa y azúcar y por ser deficiente en micronutrientes y fibra, acogen también el "paquete epidemiológico moderno", con enfermedades que le son propias: diabetes mellitus, hipertensión arterial, hipercolesterolemia, obesidad, caries y otros. La horticultura es un acercamiento a la Madre Tierra, a la tierra, a lo verde; es algo que traemos incorporado a algún gen primigenio y que practicamos casi desde que somos humanos, por eso nos es tan natural y apetecible el contacto con la huerta y las plantas, y la motivación para tener una huerta en casa o en la escuela viene sola.

La huerta nos acerca a los alimentos más comúnmente consumidos, aunque no sean nativos ni sus semillas producidas en el país; y, asimismo, nos aproxima a los nativos o "naturalizados" propios de la huerta tradicional tropical, también llamada "solar" o "cerco", que es una suma de conocimiento hortícola alrededor de

plantas indígenas o afrodescendientes que se han sumado al bagaje cultural campesino. Lamentablemente, el huerto tradicional tropical fue excluido de la formación de profesionales cuando el monocultivo se impuso.

La producción local de alimentos ahorra dinero y/o genera ingresos. Si la familia o escuela produce alimentos, inevitablemente los consume y eso significa ahorro. Si los vende, genera ingresos. El aprovechamiento de los recursos locales se está imponiendo en las economías, pues no solo reduce costos en la comercialización sino también la contaminación ambiental.

Quienes han estado a cargo de la promoción y sostenimiento de huertas en Costa Rica explican su ausencia y/o extinción con razones como: el seguimiento que se les ha dado es deficiente (supervisión, apoyo, asesoría oportuna), la capacitación ha sido brindada solo a algunas personas y es muy corta y con poca práctica, el hacer y mantener la huerta es difícil (deshierba, hacer eras, hacer abonera), el espacio con el que se cuenta para hacer la huerta es reducido, el abastecimiento de semillas y otros insumos es inoportuno o insuficiente, hay una alta incidencia de plagas y robos que no se pueden controlar, faltan herramientas, hay poca experiencia en el manejo de la huerta, hay un recargo de funciones que impide la atención de la huerta, surgen actividades más urgentes, la responsabilidad es difusa ("…yo no soy el encargado…", "…la huerta le toca a…"), no hay trabajo en equipo y hay desinterés o poca motivación.

Las estrategias empleadas para enfrentar esos y otros problemas han dado muy exiguos resultados: la actual presencia de huertas no corresponde al esfuerzo que se ha hecho aplicando medidas correctivas. Estas han sido principalmente las siguientes:

- Hacer obligatoria la programación de las huertas en los planes anuales de los funcionarios.
- Brindar capacitaciones.
- Preparar agentes multiplicadores (esta es otra estrategia de dudosos resultados, pues el mensaje original teórico-práctico se *desvanece* al reproducir el conocimiento *en cascada*).
- Pagar a hacer la huerta a una persona ajena o apenas vinculada con el centro escolar (se cumple con la programación, pero no hay involucramiento comunitario).
- Aumentar el seguimiento a las huertas (es muy útil si hay un seguimiento para mantener la capacitación, pero no como *vigilancia*, sino como *acompañamiento*).
- Visitar huertas modelo (cuidado: en ellas no se ve el esfuerzo ni el empeño, y menos las frustraciones de quien la posee; la modelo puede ser una *foto* engañosa del momento presente, pero no del proceso anterior).
- Elaborar y distribuir manuales (junto con los manuales para hacer

una huerta las personas estarán recibiendo manuales para muchos otros temas importantes).

- Revisar, en sesiones, la literatura sobre huertas (es paradójico que nuestros funcionarios no lean y estudien con la frecuencia e intensidad que se requiere).
- Asignar responsables para la atención de la huerta en forma rotativa (cuando la huerta es de todos no es de nadie; una sola persona puede ser la responsable si se "casa" con el proyecto, pero entonces la huerta existe en tanto esa persona esté presente).

Hay otras condiciones que chocan con la realidad y con las expectativas y que hay que valorar también, por ejemplo:

- El espacio destinado para la huerta: Todo el alumnado de una escuela no puede estar a cargo de unas cuantas eras; habrá que definir qué niveles lo harán, de manera que cada niño pueda contar con un área mínima para su disfrute y aprendizaje.
- El objetivo de la producción: La huerta no puede ser centro de aprendizaje, o de refuerzo del aprendizaje, de materias como biología, agricultura, nutrición y, a la vez, esperar que ella suministre hortalizas para el comedor. En el primer caso, es sobre todo un área de ensayo y error, donde la producción como tal pasa a un segundo plano. Si el objetivo de la huerta es la producción para el comedor o la venta, la disciplina es estricta y la huerta –incluso en la fase de planificación- estará en manos solo de quienes tengan más experiencia, para lograr un suministro constante al comedor.

Las líneas principales de acción que hemos de seguir para el repunte, fortalecimiento y estabilidad de las huertas escolares consisten en capacitación y seguimiento:

Por años, hemos llamado "capacitación" a alguna forma de transmitir información desde una persona que conoce el tema hacia quienes lo conocen menos. Normalmente, se trata de procesos intensivos (mucha información en poco tiempo) con componentes prácticos limitados: casi una suma de conferencias (que llamamos charlas) y de demostraciones cuya poca efectividad se ve empeorada, además, por deficientes ayudas audiovisuales u otros "ruidos" típicos del proceso de comunicación (no hay empatía entre expositor y oyentes, el lenguaje es muy técnico, los grupos muy grandes, los audiovisuales inadecuados, etc.). Es decir, el proceso de meses de estudio y práctica que ha permitido que un capacitador sea tal se simplifica en unas horas de teoría e insuficiente práctica. Sin embargo, se asume que esa actividad basta para que los participantes se dispongan a la ejecución de huertas o a subsecuentes capacitaciones. Lamentablemente, en las programaciones de los capacitadores se valora enormemente el

número de capacitaciones brindadas, y en las programaciones de los funcionarios las *capacitaciones recibidas*, sin valorar las calidades de estas. Aun una buena capacitación dejará vacíos de conocimiento e interpretación entre los aprendices. Desdichadamente, la crítica a la educación "bancaria" no ha calado en nuestros procesos y el capacitador sigue siendo el que educa, sabe, piensa, habla, disciplina, opta, actúa, escoge contenidos y es sujeto (Freire, 1987).

El seguimiento que se da a las huertas que nacen podría resolver los problemas que resulten de la inadecuada capacitación. Normalmente, se considera la capacitación dada como un proceso completo y acabado y no como el inicio de un proceso de aprendizaje del que la capacitación es apenas una parte. Hemos notado que un seguimiento oportuno puede ser más valioso que la misma capacitación en el alcance de la sostenibilidad de las huertas escolares y familiares. Podríamos ilustrar con una "fórmula" el proceso (capacitación y seguimiento) y el resultado (huertas variadas y permanentes), en donde *C* es una adecuada capacitación, *S* un adecuado seguimiento y *R* el resultado como huertas variadas y permanentes; y *c, s* y *r* como capacitación, seguimiento y resultados inadecuados, respectivamente, de la siguiente manera:

1. C + S = R (una buena capacitación y un buen seguimiento da un buen resultado).
2. C + s = r (una buena capacitación con mal seguimiento da un mal resultado).
3. c + S = R (una mala capacitación con un buen seguimiento da un buen resultado).
4. c + s = r (una mala capacitación con un mal seguimiento da un mal resultado).

Como lo que prioritariamente se procura es un buen resultado (R), es decir, una huerta variada y sostenible en el tiempo, lo que entonces interesa es las "fórmulas" que así lo indican: la primera y la tercera. Nótese que la variable común de ambas es el seguimiento adecuado (*S*), o sea, independientemente de la calidad de la capacitación, un buen seguimiento garantiza buenos resultados. Sin embargo, es a la capacitación que se dedica la mayor parte de los esfuerzos: planeación, coordinación, selección de participantes, convocatoria, búsqueda de local, búsqueda, compra y traslado de insumos, búsqueda y traslado de equipo audiovisual, contratación de alimentación, etc. En consecuencia, nuestra propuesta hace énfasis en fortalecer el proceso de seguimiento y en quitárselo a la llamada capacitación.

Así, pues, nuestra propuesta se dirige a mejorar las dos áreas señaladas, pero basando la capacitación en algunos principios reconocidos en la educación popular: avanzar de lo conocido a lo

desconocido, de lo simple a lo complejo y de lo pequeño a lo grande. Casi automáticamente, esto de entrada nos lleva a acoger la producción de especies del *solar* o *cerco*, es decir, nos lleva al huerto tradicional tropical, incorporando paralelamente la "nueva" tecnología de la huerta en eras. Esto no implica mayores gastos de tiempo ni de recursos humanos. La propuesta la dividimos en dos fases:

A. Baltodano. Huerto escolar abandonado, San José.

Fase 1. Lo que conocemos: En la educación popular se parte de lo que las personas saben y conocen y se avanza hacia lo que se conoce menos o se desconoce, es decir, de lo conocido a lo de desconocido. Igualmente, se parte de lo simple a lo complejo y de lo pequeño a lo grande, según crezca la experiencia (Bunch, 1995, p. 33). Estos mismos principios deben ser la base de la capacitación en huertas, independientemente de la edad de las personas con las que trabajemos.

Históricamente, hemos promovido huertas para sembrar por lo menos lo siguiente: lechuga, chile, tomate, rabanito, repollo, culantro, apio, cebolla, pepino, zanahoria, espinaca y otras especies menos conocidas. Son, como las conocemos hoy, plantas cuyas semillas provienen del exterior, pero que se producen de muy buena calidad en nuestra tierra, aunque con el inconveniente -relativo- de que requieren alguna tecnología que la persona común desconoce: elaborar eras, preparar abonos, hacer trasplantes, hacer almácigos, hacer guías o tutores, planear rotaciones, preparar y aplicar plaguicidas (orgánicos), para citar los indispensables en este tipo de huerta. Esas no son tareas de la cotidianeidad de la mayoría de las personas. En muchos casos, ese "paquete tecnológico" es desconocido y no deja de ser una barrera para quien se inicia en la producción de hortalizas. Muchas huertas se descontinúan porque no se están desarrollando tal y como se vieron en las fotos de la capacitación, o como se vieron en la huerta modelo visitada.

En este caso, estamos ignorando el principio de que hay que pasar de lo conocido a lo desconocido. Sea como sea, ya se ha reconocido que "…los proyectos

realistas y viables promueven cambios, pero no sobreinnovación" (Kottack, en Viola, 2000, p. 106), y en eso coincide Bunch cuando nos habla de algún límite a la tecnología (Bunch, 1995).

Casi todas las personas sentimos atracción por ciertas plantas, algunas ornamentales, otras medicinales, otras comestibles, y de ellas buscamos semillas, estacas, bulbos, *hijos* y sembramos o trasplantamos, es decir, hay un conocimiento básico. Estas prácticas, además, son comunes en el huerto tradicional tropical, que es precisamente la opción recomendada para iniciar una experiencia de huerta.

El huerto tradicional tropical es una asociación de plantas varias, cultivadas y silvestres, anuales y perennes, a cargo de la unidad familiar (modificado de Naier, 1993, en Loc, 1998, p. 4). Algunas ventajas que encontramos en él son:

- En los pueblos hay conocimiento ancestral de las plantas del huerto tradicional tropical: prácticas culturales como la siembra, la atención, la cosecha y la preparación (cocción) de los alimentos son partes del bagaje cultural de las personas en las comunidades (González, 2009).
- La producción se mantiene constante y variada.
- Mayoritariamente, se trata de plantas nativas, es decir, aclimatadas según la región del país.
- Se trata de plantas poco exigentes en términos nutricionales, por lo que su atención "técnica" es baja.
- Se trata de plantas -como conjunto- con mayor resistencia a plagas y enfermedades, o, simplemente, protegidas porque el sistema es variado en términos de especies presentes que -sabemos- es una condición de protección.
- Se recupera la tradición alimentaria con alimentos añorados y sus ventajas para la salud.
- Están presentes plantas que aportan variados nutrientes.

Entonces, si se parte de impulsar el huerto tradicional tropical, tenemos que buena proporción de la asesoría, la capacitación y el seguimiento se encuentra en las mismas comunidades y no en técnicos externos de las instituciones. Por otro lado, la dependencia sobre las semillas se reduce o se elimina. En pocas palabras, para el huerto tradicional tropical existe un "paquete tecnológico" cercano, conocido y accesible. El huerto tradicional tropical tiene mayores posibilidades de éxito (variedad y permanencia) que otros tipos, como el orgánico y el hidropónico, manteniendo así la motivación de las personas. Además, el huerto tradicional tropical nos coloca en condiciones de horizontalidad con respecto a la población, pues la acción, el conocimiento y la tecnología pueden también fluir de abajo hacia arriba, como se espera en un enfoque integrador de la acción en política pública (Álvarez, 2007, p.74).

Esta propuesta coincide con la aseveración que hace Fao de que "…los programas más sostenibles crecen a menudo

de manera orgánica: se comienza con una estructura pequeña, se dan pocas cosas por supuestas y sus expectativas son de un progreso lento…" (Fao, 2010, p.4).

Fase 2. Lo que no conocemos. Lo que menos se conoce o no se conoce (pero que, paradójicamente, es en lo que más esfuerzos ponemos) es aquella tecnología relacionada con las hortalizas habituales en nuestra dieta, pero que traen consigo un "paquete tecnológico" relativamente desconocido, que no es "difícil" pero que hay que hacer un esfuerzo para conocerlo y, con base en prueba y error, ganar experiencia. De alguna manera, a quien todo ese paquete le resulte nuevo no dejará de parecerle algo difícil.

Sin embargo, este paquete menos conocido puede introducirse una vez que se haya avanzado con el huerto tradicional tropical o, mejor, cuando este ya esté establecido (cosa relativa, pues el huerto tradicional tropical es cambiante). Así, la motivación original para tener un huerto tradicional tropical sostiene el "ensayo" que representan otras modalidades de huerto, cuyas tecnologías se pueden introducir paulatinamente, a través del tiempo y no en un *concentrado pedagógico* de una capacitación. Por ejemplo, se puede avanzar en breves capacitaciones, o en las mismas visitas a las viviendas o establecimientos educativos, con temas como (se sugiere este orden): elaboración de abonos orgánicos (siempre del más simple al más complejo), siembra directa, almácigos, trasplante y otros (guías, podas, escardas, rotaciones, etc.).

Concluimos: tenemos un proceso de capacitación centrado en el conocimiento popular o ancestral, presente en las comunidades, que no depende de un experto externo a ellas; el técnico es acompañante del proceso y no su impulsor. Sobre esa premisa se impulsan las huertas tradicionales tropicales, o solares. Una vez establecidas éstas, se incorpora un seguimiento/acompañamiento/capacitación, dosificando los contenidos, en materia de hortalizas de producción en eras. Así las cosas, se esperaría que la primera experiencia con el huerto tradicional tropical cumpla con los objetivos establecidos desde el punto de vista pedagógico, nutricional o económico, pero sobre todo para mantener el estímulo y la motivación. Para de ahí avanzar hacia un incremento en la variedad de plantas cultivadas que requieren algo más de conocimientos y atención que las primeras.

Referencias

Álvarez, M. C. (2007, enero-junio). Nutrición pública: una visión integral e integradora. *Perspectivas en Nutrición Humana* 9(1): 63-77.

Bunch, R. (1995). *Dos mazorcas de maíz. Una guía para el mejoramiento agrícola orientado hacia la gente*. Oklahoma: Vecinos Mundiales.

Fao. (2010). *Nueva política de huertos escolares*. Roma: Fao.

González, R .(2009). La conoscenza agroalimentare tropicale. En Martufi, R. y Vasapollo, L. (comp). *Futuro Indigeno. La Sfida delle Americhe. Educazione all'economia dei popoli*. Milano: Editoriale Jaca Book Spa.

Freire, P. (1987). *Pedagogía del oprimido*. Montevideo: Siglo XXI editores.

Nair, P. K. R. (1993). An introduction to agroforestry. En: Lok, R. (1998). *Introducción a los huertos caseros tradicionales tropicales*. Costa Rica: Catie.